

La leyenda del astrólogo árabe

Washington Irving

Hace cientos de años, en los tiempos heroicos, vivió un rey moro; Aben Habuz se llamaba, que se sentó en el trono de Granada. Llevó en sus mocedades una existencia de constantes correrías y disipaciones, y cuando se vio viejo y acabado no deseaba más que vivir en paz con el mundo, para acariciar los laureles que había conquistado y gozar tranquilamente las posesiones que supo arrebatarse a sus vecinos.

Pero ocurrió que a este débil y pacífico anciano le salieron rivales jóvenes, príncipes ansiosos de lucha y de gloria, que le pidieron cuentas de los saqueos y pillajes con que castigó a sus padres. Además se mostraban en rebelión contra Aben Habuz e intentaban invadirle su capital, ciertas comarcas del territorio de su reino que el soberano había tratado con mano dura en los buenos años de su dorada juventud. El caso fue que Aben Habuz tenía enemigos por todas las fronteras de su mando, y que esos enemigos eran fuertes y estaban decididos a avasallarle; y

como Granada aparece rodeada de agrestes montañas que impiden observar los movimientos de un ejército que se acerque a la ciudad, el infortunado rey se veía obligado a sostener estado continuo de vigilancia y alarma, no sabiendo de donde iban a venirle los ataques que le amenazaban.

En vano levantó atalayas en las alturas y estacionó centinelas en todos los pasos, con órdenes terminantes de encender hogueras de noche y de levantar de día humaredas apenas se aproximara un grupo extraño cualquiera. Sus alertas enemigos, burlando toda precaución, se mostraban dispuestos a cruzar el desfiladero menos conocido y más difícil de salvar, para asolar las propiedades de Aben Habuz en sus mismos ojos, hacer prisioneros y regresar con el botín a las montañas. ¿Se halló nunca en situación más desagradable y molesta ningún monarca valedudinario y obligadamente pacífico?

Preocupado Aben Habuz con tales inquietudes y disgustos, acertó a llegar a su corte un médico árabe, muy anciano: le llegaba la barba a la cintura, blanca como la nieve, y presentaba evidentes señales de ser de muy avanzada edad, pero no obstante el peso de los años, había hecho a pie casi todo el viaje desde Egipto, sin más ayuda que un báculo tallado en jeroglíficos. Se llamaba Ibrahim Ebn Abu Ayud y le rodeaba gran fama. diciéndose de él que vivía nada menos que desde los días de Mahoma, hijo de Abu Ayub, que fue él último de los compañeros que siempre iban con el Profeta.

De niño, Ibrahim siguió a las tropas de Amru que entraron conquistadoras en Egipto, donde se asentó y estudió las ciencias ocultas, la demonología, la hechicería, la magia particularmente entre los sacerdotes faraónicos. Se aseguraba, además, que había descubierto el secreto de prolongar la vida, con cuya virtud logró dilatar la suya de tal modo que ya pasaba de

los dos siglos, y eso que, según sus propias palabras, no dio con aquel secreto, sino cuando la carga de los años le pesaba verdaderamente, razón por la cual lo único que pudo hacer fue conservar perennes las arrugas y las canas.

Este hombre maravilloso fue recibido con toda solemnidad por el rey, que, al igual que la mayor parte de los monarcas que llegaban a la senectud, dispensaba favor especial a los médicos. Le ofreció habitación en el palacio, pero el astrólogo prefirió una cueva en la ladera de la montaña que se yergue sobre la ciudad de Granada, la misma donde después se edificó la Alhambra. Hizo que se ensanchara la cueva hasta formar una sala espaciosa de elevado techo. donde ordenó abrir un agujero circular, como el de un pozo , a través del cual podía ver el firmamento y contemplar los astros aun a mediodía. Escribió jeroglíficos egipcios en las paredes cubriéndolas de símbolos cabalísticos y de reproducciones de los planetas y de las es-

trellas en sus constelaciones. En suma, llamó a su lado a los artesanos granadinos más hábiles, a quienes dirigió en la construcción de útiles y de artefactos, cuyas propiedades secretas guardó.

En poco tiempo se convirtió el sabio Ibrahim en el consejero del rey, que le pedía opinión en todas las dificultades. Clamaba una vez Aben Habuz contra la injusta enemistad de sus vecinos y lamentaba la desasosegada vigilancia que se veía obligado a desplegar para protegerse de las incursiones de esos enemigos. Acabó el rey de exponer su situación y quedó callado el astrólogo, para decir transcurridos unos momentos:

-Sabed, ¡oh Rey!, que estando yo en Egipto presencié una sublime maravilla, ideada por una sacerdotisa pagana de la antigüedad. En la cumbre de una montaña elevada sobre la ciudad de Borsa y que miraba al gran valle del

Nilo había una figura de morueco, y encima de un gallo, ambas fundidas en bronce, que giraban sobre un eje. Cuando el país estaba amenazado de invasión, se volvía la figura del carnero hacia la dirección del enemigo y cantaba el gallo. Los moradores de Borsa conocían así, no sólo el peligro, sino el lugar por donde se aproximaban, y adoptaban con oportunidad las medidas para defenderse.

-¡Dios en grande! -exclamó el pacífico Aben Habuz-. ¡Qué preciado tesoro sería para mí poseer un morueco como ese, alerta, sobre estas montañas que me rodean. y otro gallo igual que lanzara su canto ante la vecindad del peligro! ¡Allah Akbah, cuán descansadamente dormiría yo en mi palacio con semejantes centinelas en lo alto!

Esperó el astrólogo que se apaciguara el entusiasmo del rey, y continuó con estas palabras:

-Después que el victorioso Amru -¡descanse en paz!- hubo concluido su conquista de Egipto, me uní yo a los sacerdotes del país, estudiando los ritos y las ceremonias de su fe idolátrica, esperando en convertirme en maestro de los conocimientos ocultos que tanto renombre les han procurado. Sentado un día sobre las riberas del Nilo, en conversación con un sacerdote anciano, me señaló las poderosas pirámides que se levantan como montañas en el desierto, y me dijo: "Todo cuanto pudiéramos enseñarte es nada comparado con la sabiduría que encierran esas enormes moles. En medio de la pirámide central hay una cámara sepulcral que guarda la momia del sacerdote supremo que ayudó a erigir esa formidable construcción, y con él está enterrado un maravilloso libro de erudición con los secretos de la magia y del artificio. Este libro le fue entregado a Adán después de su caída, y llegó. generación tras generación. a las manos del rey Salomón el Sabio con cuya ayuda edificó el Templo de Jerusalén. ¡Sólo Aquél,

conocedor de todas las cosas. sabe cómo poseyó ese libro el arquitecto de las pirámides!"

-Ardió mi corazón en anhelos de hacerme dueño del libro cuando oí estas palabras del anciano sacerdote. Podía disponer a mi mando de muchos soldados de nuestro ejército conquistador y de los servicios de buen número de egipcios. y utilizándolos, me dediqué al empeño. Taladramos la sólida masa, y no sin trabajo fatigoso y difícilísimo quedó horadada hasta una estrecha galería que parecía paso interior y secreto. Lo penetre, y llegué a un intrincado laberinto, que me puso en el corazón de aquella pirámide, y en seguida en la cámara sepulcral donde yacía siglos y siglos la momia del gran sacerdote. Dispuesto a todo, abrí las arcas exteriores de la momia, desdoble muchas de sus fajas y de sus vendas, y, al fin, encontré en su pecho el preciado libro. Con mano temblorosa lo cogí, y a tientas busque la salida de la pirámide, dejando la momia en su tenebroso sepul-

cro esperando la resurrección en el día del juicio final.

-¡Hijo de Abu Ayub, gran viajero has sido y maravillosas cosas has visto! ¿Pero de qué me vale a mí el secreto de la pirámide, ese libro de los conocimientos del sabio Salomón? -repuso Aben Habuz.

Le contestó el astrólogo:

-¡Oh Rey! Hojeando y estudiando este libro he aprendido todas las artes mágicas, y me es posible conjurar los genios para llevar a cabo mis planes. Mi saber domina el misterio del talismán de Borsa, y puedo convertir ese talismán en una de las mayores gracias.

-¡Vale más para mí ese talismán que todas las atalayas en las montañas y todos los centinelas en los límites de mi territorio! -prorrumpió Aben Habuz-. ¡Dadme, oh sabio hijo de Abu

Ayub, esa salvaguardia, y disponed de las riquezas de mi tesoro!

Para satisfacer los deseos del monarca se entregó inmediatamente Ibrahim a su arte. Ordenó que se erigiera una gran torre sobre el palacio real, levantado en lo alto de la montaña del Albaicín. Se construyó la torre con las piedras egipcias extraídas de una de las pirámides. En la parte superior de la torre se dispuso una glorieta con cuatro ventanas que miraban hacia los cuatro puntos cardinales, y delante de ellas había sendas mesas que presentaban, lo mismo que un tablero de ajedrez, un ejército mímico de jinetes y de infantes, con la efigie, tallada en madera, del príncipe que gobernaba en el territorio hacia cuya dirección caían dichas ventanas. En cada una de esas mesas se erguía una lanza, no mayor que una daga, en la cual aparecían esculpidos ciertos caracteres caldeos. Esta glorieta se conservaba constantemente cerrada por una puerta de bronce, con gran

cerradura de acero, cuya llave guardaba el rey. En la cúspide de la torre había una figura de bronce de un lancero moro a caballo, fija a un eje, el escudo al brazo y la lanza elevada perpendicularmente. Miraba el jinete a la ciudad como si estuviera vigilándola; pero si se acercaba algún enemigo, se volvía el moro hacia la parte por donde el enemigo asomaba y preparaba lista la lanza cual si se hallara totalmente dispuesto a entrar en acción.

Cuando quedó concluido este artificio, todo era impaciencia en Aben Habuz para probar las virtudes del talismán, y suspiraba por la amenaza efectiva de una invasión tan ardientemente como había deseado hasta entonces tranquilidad y reposo. Pronto vio satisfechos estos deseos. Una mañana hizo su presencia el guardián destinado a vigilar la torre, manifestando todo impresionado, que el rostro del jinete de bronce se había vuelto hacia las montañas de Elvira y que su lanza apuntaba directamente al

Paso

de

Lope.

-¡Que toquen alarma los tambores y clarines, para que toda Granada se halle alerta! -ordenó Aben Habuz.

-¡Oh Rey! dijo el astrólogo-. Que no se turbe la calma de vuestra ciudad, ni tampoco llaméis a las armas a vuestros guerreros: no necesitamos el auxilio de la fuerza para libraros de vuestros enemigos. Haced que se retiren vuestros servidores, y dirijámonos solos a la glorieta secreta.

Subió el anciano Aben Habuz la escalera de la torre apoyándose en el brazo del más anciano aún Ibrahim Ebn Abu Ayub. Corrieron la puerta de bronce y entraron. Vieron abierta la ventana que miraba al Paso de Lope. Dijo el astrólogo:

-En esta dirección está el peligro. Acercaos, ¡oh Rey!, y observad el misterio de la mesa.

El soberano se aproximó al tablero sobre el cual se hallaban dispuestas las figurillas de madera, y con gran sorpresa vio que todas estaban en movimiento. Los caballos hacían cabriolas y corcovos, los guerreros blandían las armas, resonaban en confuso clamor tambores y trompetas. el rechinar de las armas y el relinchar de los corceles; pero todo este fragor de batalla no producían mayor ruido ni se percibía más que el zumbido de la abeja o de la cigarra en los oídos del que descansa, adormecido en la sombra, del calor del mediodía.

-Aquí tenéis, ¡oh Rey!, la prueba de que vuestros enemigos están en movimiento: avanzando a través de lejanas montañas, deben hallarse ya en el Paso de Lope. Produciréis en ellos el pánico y la confusión y les obligaréis a retirarse sin pérdidas de vidas, con sólo golpear las figuras del tablero con el puño de esta lanza mágica. Pero si queréis derramar sangre y causarles

mortandad, tocad las figuras con la punta.

-¡Hijo de Abu Ayub -dijo, irguiéndose y centelleándole la mirada de satisfacción-, habrá derramamiento de sangre!

Sin acabar de decirlo, acometió con la lanza mágica algunas de las figuras pigmeas que se movían sobre la mesa y luego golpeó con el puño de la misma lanza las demás figurillas, sobre las cuales cayeron las primeras como muertas, volviéndose todas unas contra otras en lucha desordenada.

Difícilmente logró el astrólogo calmar la mano del más pacífico de los monarcas y evitar que exterminara totalmente a sus enemigos. Al cabo, hizo que abandonase la torre, para que sin dilación enviara avanzadas a las montañas que explorasen el Paso de Lope. Volvieron dando cuenta que un ejército cristiano había llegado casi a la vista de Granada atravesando el cora-

zón de la sierra: súbitamente estalló en sus filas tremenda disensión que les hizo volver las armas en terrible agresión fraticida, habiéndose retirado a sus límites después de fiera carnicería.

Aben Habuz quedó transportado de júbilo al ver probada la eficacia del talismán.

-¡Al fin -exclamó-. gozaré vida reposada teniendo a todos mis enemigos en las riendas de mi poderío! ¡Oh sabio hijo de Abu Ayub!, ¿qué puedo darte en recompensa por esta bendición que derramas sobre mí?

-Poco, y es muy fácil de conceder lo que necesita un anciano y un filósofo. Otorgadme los medios para convertir mi cueva en una ermita y me daré por contento.

-¡Cuán elevada es la moderación del hombre verdaderamente sabio! respondió Aben Habuz.

secretamente complacido de la cortedad del premio.

Y llamó a su tesorero ordenándole que pusiera a la disposición del astrólogo las sumas que requiriese para erigir y adornar su ermita.

Dispuso Ibrahim que se horadaran diversos aposentos en la sólida roca, de manera que formasen una serie de habitaciones unidas a su laboratorio astrológico, y las amuebló con lujosas otomanas y ricos divanes. colgando de las paredes las mejores sedas de Damasco.

-Soy ya muy viejo y no puedo descansar mis huesos sobre lechos de piedra, y estas húmedas paredes piden a gritos ser cubiertas -decía.

También mandó construir baños. que utilizaba con toda clase de perfumes y de esencias aromáticas.

-El baño -afirmaba es necesario para contrarrestar la rigidez de la edad y para devolver a la mente la frescura, la flexibilidad gastadas y ajadas por el estudio.

Hizo Ibrahim colgar de las habitaciones innumerables lámparas de plata y de cristal, que llenaba de fragante aceite preparado según una receta que descubrió en las tumbas egipcias. Este aceite era perdurable, y difundía tenue resplandor, como la suave luz del alba.

-La claridad del sol resulta demasiado deslumbrante y violenta para los cansados ojos de un anciano, mientras que la luz de la lámpara se aviene mejor a los estudios del filósofo -alegaba.

El tesorero del monarca gruñía ante las exigencias de oro que diariamente le hacía el astrólogo para su solitario retiro, y protestó ante el rey. Aben Habuz se encogió de hombros y res-

pondió:

-La palabra real está dada... Tengamos paciencia. Este anciano ha tomado idea en el interior de las pirámides de Egipto y en las inmensas ruinas de aquel país para su retiro filosófico; pero todas las cosas tienen su fin, y así tendrán el suyo el arreglo y el adorno de su caverna.

No se equivocó el rey. No tardó en quedar terminada la disposición de la cueva, que constituyó al cabo un suntuoso palacio subterráneo. Se mostró totalmente satisfecho el sabio, y se encerró durante tres días, entregado en alma y vida al estudio. Salió, para presentarse de nuevo ante el tesorero, pidiéndole:

-Una cosa más es necesaria, un ligero recreo para los intervalos de la labor mental.

-¡Oh poderoso Ibrahim, cuanto tu soledad apetezca estoy dispuesto a darte !¿Que deseas aho-

ra?

-Desearía unas cuantas bailarinas.

-¡Bailarinas ! -lleno de asombro repitió como un eco el tesorero.

-Bailarinas -insistió gravemente el sabio-. Y jóvenes y hermosas, para que la vista se goce en ellas, porque la presencia de la juventud y de la hermosura alivia el ánimo. No es preciso que sean muchas: con pocas basta, porque soy filósofo contentadizo y de hábitos sencillos.

Mientras Ibrahim Ebn Abu Ayub pasaba de este modo sabiamente el tiempo en su caverna, el pacífico Aben Habuz desarrollaba furiosas campañas contra las figuras de su torre: gran gloria era para un hombre valetudinario como él y de costumbres tranquilas disponer de la guerra a placer y comodidad, barriendo desde la glorieta encantada los ejércitos, más fácil-

mente que si hubiera tratado de librarse de enjambres de moscardones. Se gozaba en esta diversión. y hasta acuciaba a la batalla a sus vecinos insultándoles para que se entregaran a incursiones; pero los continuos desastres que sufrían les hicieron desesperar y no se aventuraron más en invadir los territorios del viejo monarca. Meses transcurrieron en los cuales descansó en paz y en quietud completa el jinete de bronce, con la lanza elevada al aire; pero el insigne Aben Habuz, complacido al principio, sintió después la nostalgia de su gloria y llegó a demostrar impertinencia y malhumor ante la monótona tranquilidad que gozaba.

Un día el jinete de bronce giró rápidamente y bajando la lanza apuntó hacia las montañas de Guadix. Aben Habuz se apresuró a dirigirse a su glorieta. Se sorprendió al ver que las figuras del tablero mágico que había en aquella dirección permanecían inmóviles. Aturdido y perplejo, mando que sus mejores tropas explorasen

las montañas. Volvieron al cabo de tres días.

- Hemos hecho -dijeron- un detenido reconocimiento sin ver un solo yelmo ni una sola lanza. Lo único que hemos hallado en nuestra correría ha sido una doncella cristiana, de asombrosa hermosura, que dormía al lado de una fuente, reparando sus fuerzas sin duda, del calor bochornoso del mediodía. Cautiva vuestra es, soberano señor.

-¡Una doncella de asombrosa belleza! - repuso Aben Habuz brillándole los ojos -. Conducidla a mi presencia.

Le obedecieron al instante. Era, en verdad, mujer de sobresaliente hermosura la cautiva. Estaba ataviada con el lujo y los adornos que prevalecieron entre los hispanogóticos en los años de la conquista árabe. Entretejidas en sus trenzas negras y relucientes, brillaban blanquísimas perlas, y lucía en la frente joyas que rivalizaban

con el centelleo de su mirada. Le rodeaba el cuello una cadena de oro, de la que colgaba una lira de plata que descansaba en su seno.

Los relámpagos que brotaban de los negros refulgentes ojos de la cautiva actuaron como viva llama en el corazón, apagado, pero pronto a enardecerse, de Aben Habuz, que sintió vacilantes sus sentidos ante el vértigo de voluptuosidad que emanaba del porte de aquella criatura.

- Mujer, la más hermosa entre todas las mujeres, ¿quién eres y qué eres? -preguntó, transportado de arrobamiento.

-La hija de un príncipe godo que hace poco reinó en esta tierra. Las tropas de mi padre han quedado destruidas como por arte de magia entre esas montañas; y mientras él está derrotado y desterrado, su hija sufre cautiverio.

En voz baja, dijo Ibrahim Ibn Ayub al rey:

-¡Guardaos, oh Aben Habuz, de esta mujer, que puede ser una de esas hechiceras del norte de quienes tanto hemos oído hablar en nuestros países, que adoptan las formas más seductoras para engañar a los incautos! Me parece leer la brujería en su mirada y adivinar el arte de los conjuros en sus movimientos. Indudablemente a este enemigo señalaba el talismán.

-Hijo de Abu Ayub, eres un sabio, lo aseguro, y, por lo que he visto un gran mago. Pero nada sabes de las mujeres. En este aspecto de la vida no cederé en mis conocimientos ante hombre alguno, ¡ni ante el propio Salomón el Sabio, a pesar del número de sus esposas y concubinas! En cuanto a esta doncella no creo que envuelva peligro ni daño: su hermosura merece que se la admire, y mis ojos se deleiten contemplándola.

- Escucha, ¡oh Rey! - indicó el astrólogo al sobe-

rano -. Os he procurado gloriosas victorias por medio de mi talismán, y jamás he participado en los gajes. Otorgadme, pues, esta cautiva perdida para que su lira de plata me sirva de solaz en mis soledades. Y si realmente es hechicera, poseo yo encantos tan poderosos que hacen vanos sus hechizos.

-¡Más mujeres! ¿Qué pensáis? - se opuso, exaltado, Aben Habuz, a la petición del astrólogo-. ¿No tenéis ya cuantas bailarinas deseásteis para vuestro recreo y divertimento?

- Bailarinas, vos lo decís, y es cierto ; pero cantarinas, ¡ninguna! Y me gustaría oír una dulce voz que en armoniosas canciones levantara mi ánimo del peso agobiador de las horas de estudio.

- Conceded tregua a vuestras insaciabiles peticiones de ermitaño solitario -respondió el rey, mostrando inquietud -. Para mí he elegido esta

doncella, en quien veo placer y alegría, y tanto gozo y tanto regalo como David, el padre del sabio Salomón, encontró en la amistad de Abishag la Bienamada.

Insistió el astrólogo alegando nuevas razones, que provocaron impaciencia y disgusto en el monarca, separándose los dos ancianos enojados y displicentes.

Se encerró el sabio en su caverna para estar a solas con la desilusión que le había ocasionado la negativa de Aben Habuz. Pero al cabo se arrepintió: quiso avisar nuevamente al soberano y aconsejarle que observara cautela y vigilancia sobre su peligrosa cautiva.

¿Pero acaso hay enamorado en la senectud que preste oídos a consejos? Aben Habuz solo atendía al influjo de su pasión, y no perseguía otro afán que hacerse agradable a los ojos de la bella cristiana: quería compensar la juventud que no

tenía con las riquezas que contaba en abundancia, y cuando un viejo se enamora es verdaderamente generoso. No hubo en el Zacatín de Granada sedas riquísimas ni perfumes exquisitos, joyas valiosas ni adornos caprichosos que el monarca no desplegara pródigo en torno de la cautiva: cuantos objetos raros y de valor llegaban de Asia y Africa eran para ella. Se idearon para su entretenimiento toda clase de espectáculos y diversiones: torneos, lidias de toros, canciones, bailes. Granada fue entonces la ciudad regocijada que no encontraba fin a las fiestas y las alegrías.

Pero la hermosa mujer en cuyo honor se hacía tanto alarde, era princesa y aceptaba semejante ostentación con aire acostumbrado a la magnificencia: consideraba debidos a su rango, y más aún a su hermosura, porque la hermosura exige que se le rinda mayor tributo que el rango, los homenajes con que se pretendía exaltar su vanidad o su amor propio; y además parecía en-

tregarse a secreto placer excitando a Aben Habuz a gastar grandes sumas de dinero, que deberían ir agotando su tesoro, para luego recibir como cosa corriente los costosos agasajos sin darles la menor importancia. Con toda su asiduidad y su munificencia el venerable enamorado no podía jactarse de haber impresionado el corazón de la princesa: jamás le humilló la cautiva con un gesto despectivo, pero jamás, tampoco, le halagó con una sonrisa. Cada vez que el rey le exponía su pasión, hacía ella sonar la lira de plata, que producía místicos encantadores arpegios: se apoderaba la indolencia del soberano, quedaba adormilado un instante, hasta que se rendía a un sueño profundo, del que despertaba vigorizado, aunque con el arrebatado de pasión desaparecido. Sufría con esto su galanteo, pero acompañaban a sus letargos sueños agradables, que esclavizaban completamente los sentidos del anciano, y prefirió continuar en esos sueños a pesar de que todo Granada se burlaba de su ciego entontecimiento y

censuraba duramente el oro que costaban los melodiosos acordes de una lira de plata.

Se presentó inopinadamente a la seguridad del monarca un peligro, del que el talismán de la glorieta no le avisó: estalló una insurrección en su capital y rodeó su palacio una turba armada que amenazaba su propia vida y la de su amorpreciado. El corazón de Aben Habuz latió con la fuerza de su espíritu guerrero de otros tiempos: hizo una salida al frente de un puñado de sus más leales servidores, puso a los armados en huida y no se lo pensó para aplastar la insurrección.

Restablecida la calma, llamó al astrólogo, que apuraba en su encierro la copa amarga del resentimiento. En tono conciliador le habló Abe Habuz:

-¡Oh sabio hijo de Abu Ayub, bien hicisteis en predecirme los peligros que había de acarrear-

me esta hermosa cautiva! Decidme, ahora, vos que tan certeramente adivináis las contrariedades, que he de hacer para evitarlas.

-Alejad de vuestro lado la infiel cautiva, que es la causa de todo.

-¡Antes perdería mi reino ! -clamó el monarca.

-Es que os halláis en la difícil situación de perder la cautiva y el reino, las dos cosas - hízole saber el sabio.

Angustiado, dijo el rey:

-No os mostréis inflexible ni colérico, ¡oh vos, el más recóndito de los filósofos! Considerad la doble angustia de un soberano y de un enamorado, y disponed los medios de ampararme contra los males que me amenazan. No me importa la gloria, menos aún el poderío. Únicamente ambiciono la dulzura del reposo: ¡ojalá

hallara asilo aislado del mundo, de todas sus galas y pompas y de todos sus honores y cuidados, dedicado el tiempo que me quede de vida al sosiego y al amor!

Le miró el astrólogo a través de sus pobladas cejas, para decirle:

-¿Y que me daréis, en cambio, si os proporciono el retiro a que aspiráis?

-Sois vos quien ha de pedir la recompensa: si está al alcance de mi mano y dentro de la esfera en que se desenvuelve mi poderío, cuanto deseéis será vuestro... Os lo aseguro lo mismo que mi alma vive.

-¿Sabes, oh Rey, la historia del jardín de Irem, uno de los portentos de la Arabia feliz?

- De ese vergel algo he oído y algo sé. El Corán le dedica un capítulo, que titula "El amanecer".

Además labios de peregrinos que han vuelto de la Meca me han contado maravillas de Irem. Pero todo lo he considerado fábulas imaginadas por fantasías exuberantes, como son los cuentos con que intentan entretenernos los viajeros que llegan de países remotos y quieren impresionarnos con aventuras en que no han tomado parte o con descripciones de lugares que en verdad no aciertan a explicar.

-No echéis a mal, ¡oh Rey! los cuentos de los viajeros porque envuelven conocimientos muy valiosos de los diversos confines de la tierra. Sabed que casi todo lo que vulgarmente se refiere y se habla del palacio y del jardín de Irem es cosa cierta: lo que he visto yo con estos ojos míos. Oid mi aventura, y en ella encontraréis relación con la petición que me hacéis. En mi pubertad, cuando no era yo más que uno de tantos árabes del desierto, cuidaba los camellos de mi padre. Al atravesar el desierto de Aden. se descarrió uno de ellos, y lo perdí. En vano lo

busqué días y días. Fatigado y sin fuerzas, reposé mi cuerpo bajo una palmera, al lado de una fuentecilla, a la hora del meridiano y quedé dormido. Al despertar, me hallé a las puertas de una ciudad. Entré y recorrí sus grandes calles y plazas y sus mercados, pero no vi un solo morador y encontré silenciosos todos esos lugares. Seguí vagando por la ciudad, hasta que llegué a un suntuoso palacio, con su jardín, adornado de fuentes y estanques, de umbrías y flores y cargado de apetitosa fruta el huerto. ¡Todavía ni una sola alma! Desanimado por la soledad tan singular, me apresuré a partir de allí; y al llegar a la salida de la ciudad volví los ojos para verla: ¡había desaparecido! Lo único que divisé fue una extensión ilimitada, el callado desierto. Anduve un poco y me crucé con un anciano derviche, conocedor de las tradiciones y de los secretos de aquellos parajes. Le conté lo que me acababa de ocurrir.

"Ese es - me explicó el derviche- el tan renom-

brado jardín de Irem, una de las maravillas del desierto: sólo se aparece, de cuando en cuando, a algún vagabundo como tú para alegrarle con la vista de sus torres y de sus palacios, y de sus huertos llenos con el tesoro de sus frutas, y desvanecerse en seguida, no dejando ver nada sino el abandonado desierto. En tiempos anti-
quísimos, cuando los aditas habitaban este país, el rey Sheddad, hijo de Ad, bisnieto de Noé, fundó aquí una magnífica ciudad. Cuando la terminó y admiró su esplendor, se le hinchó de orgullo y de arrogancia el corazón, y así envanecido, determinó edificar un palacio real, rodeado de frondosos vergeles que rivalizaran con cuanto dice el Corán del paraíso celestial. Cayó sobre su engreimiento la maldición del cielo: Sheddad y todos sus súbditos fueron barridos del haz de la tierra y puesta su espléndida ciudad con el palacio y los jardines bajo hechizo perpetuo que los oculta de los ojos de los humanos - excepto en intervalos como la vista que tú has disfrutado- para castigo perdu-

rable de aquella soberbia".

Hizo una pausa Ibrahim, y en sosiego, pero ceremoniosamente, dijo por su parte:

- Esta historia, ¡oh Rey!, y las maravillas que vi están siempre en mi memoria. Después de muchos años, estando yo en Egipto y en posesión del libro de los conocimientos de Salomón el Sabio, determiné volver a visitar el jardín de Irem: lo encontré, revelándose en toda su magnificencia a mis ojos. Tomé posesión del palacio de Sheddad y pasé varios días en su fantástico paraíso celestial. Los genios que custodian el lugar obedecieron mi poder mágico y me descubrieron los hechizos a que ha quedado eternamente conjurado el jardín y que lo hacen invisible. Para vos puedo hacer, ¡oh Rey!, otro palacio y otro jardín iguales, aquí sobre la montaña que domina la ciudad. ¿ No soy dueño acaso, de los encantos ocultos? ¿No estoy en posesión del libro de la sabiduría de Salomón?

-¡ Oh sabio hijo de Abu Ayub! -pronunció con voz trémula por la emoción, el soberano-. Eres, en verdad, un viajero y has visto y aprendido cosas maravillosas. Procura en tu erudición un paraíso semejante para mí, y pídeme en premio lo que quieras, no importa que sea la mitad de mi reino.

- Bien sabéis, ¡oh Rey!, que soy un anciano y un filosofo que con poco se satisface. Sólo os pido que se me entregue la primera bestia con su carga que entre por el mágico portal del palacio que he de construir.

Aceptó contento el soberano tan parca condición, y comenzó su tarea el astrólogo.

En la cúspide de la montaña que se elevaba sobre sus aposentos subterráneos, erigió Ibrahim una gran barbacana que conducía al centro de una poderosa torre. Dispuso un pór-

tico exterior con un arco elevado, y dentro el umbral, guardado por macizas puertas. En la clave del dintel esculpió una llave enorme el sabio, y en la clave también del pórtico exterior, que estaba más alta que aquélla, grabó una mano gigantesca: poderosos talismanes los dos símbolos, ante los cuales pronunció frases y sentencias en lengua desconocida.

Cuando quedó terminado este vestíbulo, se encerró en su gabinete astrológico, entregado a encantamientos ocultos. Salió al tercer día para subir a la montaña, y en la cima estuvo, hasta que a hora bien avanzada de la noche, descendió, dirigiéndose a la presencia de Aben Habuz, a quien dijo:

-¡Al fin, oh Rey! , he terminado mi labor. Sobre el ápice de la montaña se yergue uno de los palacios más deleitosos ideados por la fantasía humana y que mejor puede halagar los latidos del corazón: encierra suntuosos salones y gale-

rías, vergeles primorosos, fuentes de purísima agua, baños fragantes. Toda la montaña, en una palabra, ha quedado convertida en paraíso; y, lo mismo que el jardín de Irem, lo protege un encanto poderoso y eficaz que lo esconde de la mirada y de la ambición de los mortales, excepto de los que poseen el secreto de sus maravillosos talismanes.

-¡Gracias y mercedes! - contestó, regocijado en triunfo, Aben Habuz-. Con la luz del alba subiremos al palacio y nos posesionaremos de él.

El afortunado monarca apenas durmió aquella noche. No había asomado los rayos solares por la blanca cumbre de Sierra Nevada, y ya montaba Aben Habuz su corcel, acompañándole contados de su séquito, elegidos expresamente por el, ascendiendo la estrecha pendiente que llevaba a lo más alto. A su lado derecho, sobre blanco palafrén, montaba la princesa goda, engalanada de joyas y colgando de su cuello la

lira de plata. El astrólogo iba al costado izquierdo del soberano, a pie, porque nunca cabalgó, apoyando los pasos en el báculo labrado de jeroglíficos.

Aben Habuz mostraba ansias, que no lograba satisfacer, de ver el refulgente palacio y las primorosas umbrías de sus jardines extendiéndose a lo largo de las alturas: nada vislumbraba su afán. Le dijo el astrólogo a una pregunta:

- Ese es precisamente el misterio y esa es la salvaguardia del lugar: no divisarlo hasta que, cruzada su hechizada puerta, nos haya puesto en posesión del palacio.

Cuando estaban ya en el pórtico, se detuvo Ibrahim y señaló al rey la mano y la llave esculpidas en el arco.

-Estos son -recalcó- los talismanes que guardan la entrada de nuestro paraíso: hasta que la ma-

no no alcance la llave y de ella se apodere, no habrá poder terrenal ni artificio mágico que prevalezca contra el señor de esta montaña.

Mientras Aben Habuz contemplaba embobado y maravillado los dos talismanes emblemáticos, fue adelantando el palafrén de la princesa cristiana, que cruzó el pórtico y la adentró en los umbrales.

Exclamó todo jubiloso y radiante, el astrólogo:

-¡Oh, la recompensa que me tenéis prometida! Hela aquí: la primera bestia con su carga que ha traspasado la mágica puerta.

Sonrió Aben Habuz ante lo que creía ironía del venerable sabio; pero al verle anhelante por el premio, le dominó una cólera tal que se le erizaron las barbas. Dijo, en tono duro:

-Hijo de Abu Ayub, ¿qué pretendes? Com-

prendes de sobra el significado de mi promesa: la primera bestia de carga que penetrara por ese portal. Hazte dueño de la mula más recia de mis establos, cárgala con lo máspreciado de mi tesoro, y cruce ese pórtico: tuya será, con cuanto lleve. Pero no te atrevas a elevar tus aspiraciones hasta la mujer que es la alegría de mi corazón.

-¿Para qué quiero yo las riquezas? - clamó desdeñosamente, el astrólogo -. ¿Es que no soy dueño del libro de la erudición de Salomón el Sabio, y por él tengo a mi disposición los más escondidos tesoros de la tierra? Dada está vuestra real palabra: por derecho me pertenece la princesa cristiana, y como mía la reclamo.

Miró altivamente la cautiva desde su palafrén, dibujando sus sonrosados labios una sonrisa desdeñosa ante la ardiente disputa que empeñaba aquella delirante senectud por la posesión de la gracia y de la belleza juveniles.

Perdió toda prudencia el monarca. que rugió colérico:

-¡Hijo vil y ruin del desierto! Podrás dominar el encanto de muchos artificios, pero no mi poderío: ¡no intentes burlar a tu señor y a tu rey!

-¡Mi señor, mi rey! - repuso, mofándose, el astrólogo -. ¡El soberano de una maciza montaña reclamando imperio y autoridad sobre el poseedor de los talismanes de Salomón! Bien te halles, Aben Habuz: manda en tu despreciable reino y vive engañado entre las fingidas esperanzas de que quieres rodearte como paraíso. Me gozaré en mi retiro filosófico riéndome de tus necesidades.

Diciendo esto, se apoderó de las bridas del palafrén, golpeó el suelo con su cayado y se adentró con la princesa goda por el centro de la barbacana. Se cerró la tierra tras el sabio, con la

cautiva y su caballo, como si los hubiera tragado, porque no quedó ni huella del paraje que les sirvió de descenso.

Aben Habuz enmudeció de asombro. Repuesto, ordenó a mil cavadores que no dieran paz al pico y a la azada ahondando el lugar por donde había desaparecido el astrólogo. Vano fue el trabajo de aquellos hombres que cavaban y cavaban. y no cesaban de cavar: el seno de pedernal de la montaña resistía las herramientas y la energía humana; y cuando al fin de dura fatiga lograron penetrar dos metros de roca, se cubrió de nuevo la abertura más pronto de lo que había costado abrirla. Buscó Aben Habuz en la falda de la montaña la boca de la cueva que dirigía al palacio subterráneo del sabio:, fueron vanos también todos sus deseos, porque no logro encontrarla: donde antes había estado aparecía ahora sólida superficie de roca primaria.

Con la desaparición de Ibrahim Ebn Abu Ayub desapareció asimismo el poder benéfico de sus talismanes. El caballero de bronce seguía fijo a su caballo, pero tenía el rostro vuelto a la montaña, la lanza apuntando al lugar por donde había desaparecido el astrólogo, como si allí estuviese en acecho el enemigo más implacable del rey.

De vez en cuando subían débilmente del corazón de la montaña los sones de armoniosa música unidos al suave tono de una voz femenina; y un buen día llevó hasta Aben Habuz un montañés el cuento de que en la noche anterior había descubierto una hendedura en la roca, y trepando por ella logro ver una sala subterránea dentro de la cual reposaba Ibrahim en magnifico diván, adormecido por la lira de plata de la princesa cristiana, que parecía ejercer mágico influjo en los sentidos del sabio.

Aben Habuz reanudó la búsqueda del astrólogo.

go, esta vez valiéndose del montañés como guía para las exploraciones. No logró desenterrar a su rival: el hechizo de la mano y de la llave contrarrestó nuevamente todo el poderío del hombre. En la cumbre de la montaña, el sitio del palacio y del jardín prometidos continuaba en estéril desnudez; y hasta el ameno campo florido que había ocultado de la vista como por ensalmo, si es que no fue sólo fantasía de la calenturienta imaginación de Ibrahim. Las gentes prefirieron pensar esto último, y mientras unos dieron al lugar el apodo de "La locura del rey", otros lo denominaron "El paraíso de los tontos".

Para mayor desventura de Aben Habuz, las vecindades que desafió y menospreció y despojó a su placer cuando poseía el talismánico jinete de bronce, al enterarse de que el anciano monarca ya no estaba protegido por aquel mágico encantamiento, invadían constantemente los territorios que antes les estuvieron vedados,

haciendo que el resto de la existencia del que pretendió ser el más pacífico de los soberanos, se convirtiera en una urdimbre de revoluciones y de inquietudes.

Murió, al fin Aben Habuz, y fue enterrado. Se han sucedido los siglos y los acontecimientos. En la famosa montaña ha sido edificada la Alhambra, que rememora en cierto grado los esplendores y las delicias del fabuloso jardín del Irem. Se levanta aún en toda su integridad, completa, la hechizada puerta, protegida sin duda por la mano y por la llave misteriosas, y es hoy la Puerta de la Justicia, que sirve de entrada principal al castillo.

Bajo ella dormita en su magnífico palacio subterráneo el venerable astrólogo, arrullado en su diván por la lira de plata de la princesa goda.

Los achacosos centinelas inválidos que allí montan guardia oyen a veces estas melodías en

las claras y serenas noches estivales y, rindiéndose a su fuerza ensoñadora, cabecean en sus puestos. Tan somnífero es el ambiente del lugar que no se libran de la indolencia los que vigilan de día esta parte del castillo, a quienes puede verse adormecidos en los bancos de piedra o bajo los árboles. En realidad, no sería exagerado decir que ésta es la fortaleza militar que más invita al sopor del mundo.

Esto durará -así lo afirma la leyenda- centuria tras centuria. La princesa de la hermosura sin par será cautiva eterna del astrólogo, y el astrólogo estará encadenado a la argentada lira de la princesa y por sus dones adormecido, hoy, y mañana, y siempre, hasta que la simbólica mano empuñe la fatal llave y se desvanezca entonces todo el encanto de la hechizada montaña.